

LA LITERATURA EN JUSTICIA

por Octave Mirbeau

Existe un tal Sr. Desprez¹ que acaba de ser condenado a un mes de prisión y mil francos de multa por haber escrito un libro naturalista obsceno. Por ello, algunos buenos espíritus se han conmovido e indignado. Manifiestan que eso es oprimir el pensamiento humano, arrastrarlo como una puta por las comisarías de la policía correccional y piden que la justicia de mi país se dedique a otros menesteres como perseguir a los ladrones, asesinos y banqueros, pero que deje tranquila a la literatura. El editor Kistemaeckers, que al parecer ha publicado las porquerías del Sr. Desprez, aprovecha la ocasión para lanzar una proclama de fe literaria de un admirable *belgicismo* y dar, desde el fondo de su pequeño museo secreto de Bruselas, una lección a la ley francesa, lección severa, pueden creerlo. Según este Kistemaeckers, la literatura será obscena o no lo será. Este Kistemaeckers es un genio.

No he leído el libro del Sr. Desprez y no lo leeré. Esas cosas no me interesan en absoluto. Cuando encuentro una porquería en una carretera, la evito; cuando veo ciertos nombres en la portada de algunos libros, paso rápidamente tapándome la nariz. El Sr. Catulle Mendès, El Sr. Maizeroy, la Sra. de Martel y la Señorita Colombier, tienen el don de hacerme poner los pies en polvorosa. Tienen a bien decir: «Guapo mozo, escuchad pues», yo no escucho. Aparte de que las historietas de esos eminentes pornógrafos no me depravan del todo, me aburren considerablemente. No conozco nada tan estúpido como esas aventuras escritas con el agua sucia del bidet, y pienso que hace falta tener mucho tiempo libre y una imaginación bien pobre para urdir en el cerebro esos relatos cuarteleros o de casa de citas. Pero es un gusto, o más bien un asco particular el que tengo respecto a eso. Al público, por desgracia, no le ocurre. Puede comprobarse por las ediciones que se tiran, y cuantas más suciedades se encuentran en un libro y más huele a basura, más se compra.

El Sr. Catulle Mendès, por no hablar más que de él hoy, no obtuvo ningún éxito y no ganaba dinero hasta que nos hizo enredarnos entre las sábanas de las camas de sus protagonistas, mostrándonoslas en unas posiciones que no desaprobaba la baronesa. El Sr. Catulle Mendès, –ese Onan de la literatura, ese Charlot que tal vez se divierta, pero que aburre a toda una generación– había hecho sus primeros pinitos en la poesía. Midiendo la longitud de sus cabellos despeinados, admirando la mugre de sus gabanes de bohemia, se hubiese dicho sin duda que no daría mala imagen como poeta, pues los poetas se reconocen por su mal porte, y cuanto más sucia y apestosa sea su ropa, más deslumbrantes y buenos serán sus versos. Pero los versos no se vendían. Tuvo a bien adornarlos con su retrato grabado al aguafuerte – más le hubiese valido que lo lavase con agua pura, – pero los volúmenes se pudrían en los escaparates de las librerías. Nadie los compraba. Intentó la novela y tanteó el teatro, sin embargo no alcanzó el éxito y no recogió más que fracasos.

Fue entonces cuando, con su olfato de judío, se dedicó a las porquerías y abrió, en el libro y en el periódico, una verdadera casa de citas. Había encontrado su camino, ese Rabagas de las alcobas ardientes y de las camas banales. La obscenidad era su carrera. Enseguida triunfó. Ningún autor ha sido tan popular como él entre las putas y los colegiales. Las primeras tienen sus obras completas entre juegos de cartas transparentes y fotografías obscenas. Sabido es que nada atiza las brasas apagadas de los ancianos

¹ Louis Desprez, nació en 1861 en Chaumont y murió en 1885 en Rouvres-les-Vignes. El libro aludido es *Autour d'un clocher*, que escribió en colaboración con Henri Fevre. pero solamente él reivindicó su paternidad para evitar a este último, entonces minero, cumplir el servicio militar en Biribi. Desprez estuvo en la prisión de Sainte-Pelagie. (N. del T.)

como un buen Catulle Mendès aplicado en el lugar necesario, y, en cuanto a los colegiales, se van a los rincones apartados, lejos de la mirada del peatón, a pedir al autor de *Tous les baisers* solitarios goces.

Semejantes libros – y que me perdone mi amigo Émile Bergerat² – tienen una pernicioso influencia. Si no nos depravan a nosotros que no nos dejamos tentar por esos aires de vieja entrometida, depravan a otros, y créanme, el número es grande. Encuentro que hay razones para perseguir y condenar a los autores; eso nada tiene que ver con la literatura y no atañe a la crítica; eso entra en el ámbito de la prostitución y es de la incumbencia de la policía de costumbres. Desde el momento en el que todavía no se ha autorizado a nadie a mostrar su trasero en público y a fornicar sobre los bancos de los paseos; desde el momento en el que se detiene a bellos señoritos en los urinarios públicos, dedicados a retozos amorosos que la naturaleza reprueba, no veo en nombre de qué principio se habría de permitir a estos libros desplegarse por las aceras y de colgar a los transeúntes de los escaparates de las librerías.

La literatura no se encuentra en absoluto en esos libros, del mismo modo que las trastiendas de las perfumerías no resumen de ningún modo el comercio. Si os repugna, en nombre de una libertad mal entendida y de una especie de solidaridad mal comprendida, denunciar esos libros a la justicia, al menos ponedle sobre la cubierta una marca de infamia que los haga reconocibles. Inscribid a esos literatos en registros especiales, así como se practica para algunas criaturas; listas de escritores como las tenemos de prostitutas, y sometedlos a los mismos reglamentos severos, a las mismas vigilancias deshonorosas. Pero en tanto no hayáis encontrado nada mejor que la policía correccional para castigarlos y defendernos de ellos, ateneos a ella.

El pensamiento humano nada tiene que ver con esas aventuras. Cuando, so pretexto de documento, de análisis, de naturalismo, éste cae en tan bajas explosiones de vicio, no tiene derecho a ningún respeto, a ninguna indulgencia, a ningún indiferente desprecio. Es útil para las hermosas obras desinteresadas y sinceras, que no sean confundidas en el espíritu de público, inhábil a menudo a la hora de juzgarlas, con la basura y la especulación de la basura. La policía correccional es excelente en lo que ha marcado, y que el olor, produzca quién lo produzca y diga quién lo diga, permanezca señalado por mucho tiempo.

Soy perfectamente consciente que la policía alguna vez se equivoca, y por un Desprez que condena justamente, a veces también ataca a un Flaubert. Pero eso es propio de todos los asuntos humanos. Se pueden citar personas que eran inocentes y que han sido condenadas a muerte. Jamás impediréis a los jueces ser hombres, y a los hombres imbéciles.

La France, 24 de diciembre de 1884

Traducción de José M. Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

² Émile Bergerat llamado Caliban (nacido el 29 de abril de 1845 en París y fallecido el 13 de octubre de 1923) es un poeta, autor dramático y cronista francés. (N. del T.)